

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## La vida y las aventuras de Santa Claus: Nochebuena (17/22)

El día que amaneció cuando Claus regresaba de su paseo nocturno con Lustroso y Sedoso le trajo un nuevo problema. Will Knook, el principal guardián de los ciervos, acudió a él, hosco y malhumorado, para quejarse de que había retenido a Lustroso y Sedoso más allá del amanecer, en contra de sus órdenes.

—Pero no pudo haber pasado mucho tiempo desde el amanecer —dijo Claus.

—Un minuto después —respondió Will Knook—, y eso es tan malo como una hora. Pondré los mosquitos urticantes sobre Lustroso y Sedoso, y así sufrirán terriblemente por su desobediencia.

—¡No hagas eso! —suplicó Claus—. Ha sido mi culpa. Pero Will Knook no quiso escuchar excusas y se marchó refunfuñando y gruñendo a su manera malhumorada. Por esta razón, Claus entró al bosque para consultar con Necile sobre cómo rescatar a un buen ciervo de su castigo. Para su sorpresa, encontró a su viejo amigo, el Maestro de los Bosques, sentado en el círculo de las Ninfas.

Ak escuchó la historia del viaje nocturno de los niños y de la gran ayuda que los ciervos habían prestado a Claus al arrastrar su trineo sobre la nieve helada.

—No quiero que castiguen a mis amigos si puedo evitarlo—  
—dijo el juguetero, cuando hubo terminado el relato—.  
Sólo llegaron un minuto tarde, y corrieron más rápido  
que el vuelo de un pájaro para llegar a casa antes del  
amanecer.

Ak, pensativo, se acarició la barba un momento, y luego  
mandó llamar al Príncipe de los Knooks, que gobierna a  
todo su pueblo en Burzee, y también a la Reina de las  
Hadas y al Príncipe de los Ryls.

Cuando todos se hubieron reunido, Claus volvió a contar  
su historia, por orden de Ak, y entonces el Maestro se  
dirigió al Príncipe de los Knooks, diciendo:

—La buena obra que Claus está haciendo, merece el  
apoyo de todo inmortal honesto. Ya es llamado Santo en  
algunas ciudades, y dentro de poco el nombre de Santa  
Claus será conocido con cariño en todos los hogares  
bendecidos con niños. Además, es hijo de nuestro Bosque,  
por lo que le debemos nuestro aliento. Tú, Gobernante  
de los Knooks, lo conoces hace muchos años; ¿no tengo  
razón al decir que merece nuestra amistad?

El Príncipe, de rostro torcido y agrio como todos los  
Knooks, sólo miró las hojas muertas a sus pies y  
murmuró:

—¡Eres el Maestro de los Bosques del Mundo!

Ak sonrió, pero continuó en tono suave:

—Parece que los ciervos que guarda tu gente pueden  
ser de gran ayuda para Claus, y como parecen  
dispuestos a tirar de su trineo, te ruego que le permitas  
utilizar sus servicios siempre que le plazca.

El Príncipe no respondió, pero golpeó la punta enroscada de su sandalia con la punta de su lanza, como si estuviera pensativo.

Entonces la Reina de las Hadas le habló de esta manera:

—Si accedes a la petición de Ak, me encargaré de que tus ciervos no sufran ningún daño mientras estén fuera del Bosque.

Y el Príncipe de los Ryls añadió:

—Por mi parte, concederé a todo ciervo que asista a Claus, el privilegio de comer mis plantas casa que dan fuerza, mis plantas grawule que dan ligereza de pies y mis plantas marbon que dan larga vida.

Y la Reina de las Ninfas dijo:

—A los ciervos que tiren del trineo de Claus se le permitirá bañarse en el estanque del Bosque de Nares, lo que les dará pelajes lisos y una belleza maravillosa.

El Príncipe de los Knooks, al oír estas promesas, se removió inquieto en su asiento, pues en el fondo odiaba rechazar una petición de sus compañeros inmortales, aunque le pedían un favor inusual, y los Knooks no acostumbran a conceder favores de ningún tipo.

Finalmente se volvió hacia sus sirvientes y les dijo:

—Llamen a Will Knook.

Cuando el huraño Will llegó y escuchó las demandas de los inmortales, protestó en voz alta contra concederlas.

—Los ciervos son ciervos —dijo—, y nada más que ciervos. Si fueran caballos sería correcto atarlos como tales. Pero nadie los ata porque son criaturas libres y salvajes, que no deben ningún servicio a la humanidad.

Degradaría a mis ciervos trabajar para Claus, que no es

más que un hombre a pesar de la amistad que le profesan los inmortales.

—Ya lo has oído —le dijo el Príncipe a Ak—. Hay verdad en lo que dice Will.

—Llaman a Lustroso y a Fossie —respondió el Maestro. Los ciervos fueron llevados a la conferencia y Ak les preguntó si se oponían a tirar del trineo para Claus.

—¡Claro que no! —respondió Lustroso—. Disfrutamos mucho del viaje.

—E intentamos llegar a casa al amanecer —añadió Sedoso—, pero por desgracia llegamos un minuto tarde.

—Un minuto perdido al amanecer no importa —dijo Ak—. Están perdonados por ese retraso.

—Siempre que no vuelva a ocurrir —dijo el Príncipe de los Knooks con severidad.

—¿Y les permitirás hacer otro viaje conmigo? —preguntó Claus ansioso.

El Príncipe reflexionó mientras miraba a Will, que fruncía el ceño, y al Maestro de los Bosques, que sonreía.

Luego se levantó y se dirigió a la compañía de la siguiente manera:

—Ya que todos me instan a que les conceda el favor, permitiré que los ciervos vayan con Claus una vez al año, en Nochebuena, siempre que regresen al Bosque al amanecer. Podrá elegir el número que desee, hasta diez, para que tiren de su trineo, y a estos se les conocerá entre nosotros como Renos, para distinguirlos de los demás. Y se bañarán en el Estanque de Nares; y comerán plantas de casa, grawle y marbon; y estarán

bajo la protección especial de la Reina de las Hadas. Y ahora deja de fruncir el ceño, Will Knook, pues mis palabras serán obedecidas.

Se alejó cojeando rápidamente entre los árboles, para evitar el agradecimiento de Claus y la aprobación de los demás inmortales, y Will, con el semblante tan enfadado como siempre, lo siguió.

Pero Ak estaba satisfecho, sabiendo que podía confiar en la promesa del Príncipe, por muy a regañadientes que se la hubiera hecho; y Lustroso y Sedoso corrieron a casa, levantando los talones encantados a cada paso.

—¿Cuándo es Nochebuena? —le preguntó Claus al Maestro.

—Dentro de unos diez días —respondió.

—Entonces no podré utilizar los ciervos este año —dijo Claus pensativo—, porque no tengo tiempo suficiente para llenar mi saco de juguetes.

—El astuto Príncipe lo previó —respondió Ak—, y por eso nombró la Nochebuena como el día en que podrías utilizar a los ciervos, sabiendo que te haría perder un año entero.

—Si tan sólo tuviera los juguetes que me robaron los Awgwas —dijo Claus tristemente—, podría llenar fácilmente mi saco para los niños.

—¿Dónde están? —preguntó el Maestro.

—No lo sé —respondió Claus—, pero los malvados Awgwas probablemente los escondieron en las montañas.

Ak se volvió a la Reina de las Hadas.

—¿Puedes encontrarlos? —preguntó.

—Lo intentaré —respondió ella alegremente.

Entonces Claus regresó al Valle de la Risa, para trabajar todo lo que pudiera, y una banda de Hadas voló inmediatamente a la montaña que había sido frecuentada por los Awgwas y comenzó la búsqueda de los juguetes robados.

Las Hadas, como bien sabemos, poseen poderes maravillosos; pero los astutos Awgwas habían escondido los juguetes en una cueva profunda y habían cubierto la abertura con rocas, para que nadie pudiera mirar dentro. Por lo tanto, toda búsqueda de los juguetes desaparecidos fue en vano durante varios días, y Claus, que se quedó en casa esperando noticias de las Hadas, casi se desesperó por conseguir los juguetes antes de Nochebuena.

Trabajaba duro en todo momento, pero le llevaba mucho tiempo tallar y dar forma a cada juguete y pintarlo adecuadamente, de modo que la mañana anterior a Nochebuena sólo la mitad de una pequeña estantería sobre la ventana estaba llena de juguetes listos para los niños.

Pero esa mañana las Hadas que buscaban en las montañas tuvieron una idea nueva. Se tomaron de las manos y avanzaron en línea recta a través de las rocas que formaban la montaña, empezando por el pico más alto y bajando, para que sus ojos brillantes no pudieran perderse ningún rincón. Y al fin descubrieron la cueva donde los malvados Awgwas habían amontonado los juguetes.

No tardaron mucho en abrir de par en par la boca de la cueva, y entonces cada una cogió todos los juguetes que

pudo cargar, luego volaron hacia Claus y depositaron el tesoro ante él.

El buen hombre se alegró de recibir, justo a tiempo, tal cantidad de juguetes con los que cargar su trineo, y envió un mensaje a Lustroso y Sedoso para que estuvieran listos para el viaje al anochecer.

Desde el último viaje había encontrado tiempo para reparar los arneses y reforzar el trineo, de modo que cuando los ciervos llegaron al anochecer no tuvo dificultad en engancharlos.

—Debemos ir en otra dirección esta noche —les dijo—, donde encontraremos niños que todavía nunca he visto. Y debemos viajar deprisa, pues mi saco está lleno de juguetes, ¡y hasta el borde!

Así que, justo cuando salió la luna, salieron corriendo del Valle de la Risa y cruzaron la llanura y las colinas hacia el sur. El aire era nítido y helado, y la luz de las estrellas tocaba



los copos de nieve y los hacía brillar como innumerables diamantes. Los renos avanzaban a saltos fuertes y firmes, y el corazón de Santa Claus era tan ligero y alegre que reía y cantaba mientras el viento silbaba junto a sus oídos:

"¡Con un jo, jo, jo,  
y un ja, ja, ja!  
Y un jo, jo! ja, ja, je!  
Partimos ahora  
pues ya es hora,  
¡de hacer a los niños felices!"

Jack Escarcha lo oyó y se acercó corriendo con sus tenazas, pero cuando vio que era Claus se rio y volvió a alejarse.

Las lechuzas lo oyeron al pasar cerca de un bosque y asomaron la cabeza por los huecos de los troncos; pero cuando vieron quién era, susurraron a los mochuelos que anidaban cerca de ellas que sólo era Santa Claus llevando juguetes a los niños. Es curioso lo mucho que saben esas lechuzas.

Claus se detuvo en algunas de las granjas dispersas y bajó por las chimeneas para dejar regalos a los bebés. Poco después llegó a un pueblo y trabajó alegremente durante una hora distribuyendo juguetes entre los pequeños que dormían. Luego se marchó de nuevo, cantando su alegre villancico:

"Ahora partimos  
Sobre la nieve reluciente,  
¡Mientras los ciervos corren con algarabía!  
Para niñas y niños  
Cargamos los juguetes  
¡Que llenarán sus corazones de alegría!"

A los ciervos les gustó el sonido de su grave voz y siguieron el ritmo de la canción con los cascos sobre la dura nieve; pero pronto se detuvieron ante otra

chimenea y Santa Claus, con los ojos brillantes y la cara enrojecida por el viento, bajó por sus humeantes lados y dejó un regalo para cada niño de la casa.

Era una noche alegre y feliz. Los ciervos echaron a correr y su conductor se dedicó afanosamente a repartir sus regalos entre los niños dormidos.

Pero al fin el saco quedó vacío, y el trineo se dirigió a casa; y de nuevo comenzó la carrera hacia el amanecer.

Lustroso y Sedoso no estaban dispuestos a ser reprendidos por segunda vez por su tardanza, así que huyeron con una rapidez que les permitió pasar el vendaval sobre el que cabalgaba el Rey Escarcha, y pronto llegaron al Valle de la Risa.

Es cierto que cuando Claus soltó los arneses de sus corceles el cielo oriental estaba cubierto de gris, pero Lustroso y Sedoso estaban en lo profundo del Bosque antes de que amaneciera.

Claus estaba tan cansado de su trabajo nocturno que se tumbó en su cama y cayó en un profundo sueño, y mientras dormía, el sol de Navidad apareció en el cielo y brilló sobre cientos de hogares felices, donde el sonido de las risas infantiles proclamaba que Santa Claus les había hecho una visita.

¡Que Dios lo bendiga! Fue su primera Nochebuena, y desde entonces lleva cientos de años cumpliendo noblemente su misión de llevar la felicidad al corazón de los niños pequeños.